

## **Editorial Nº 26. Diciembre de 2007**

### **DESEOS NAVIDEÑOS**

Que, tras el tumulto y el desborde de las fiestas de fin de año, luego de encuentros, salutations, ceremonias y celebraciones de toda índole superado ya el regocijo de regalos y palabras de aliento, de augurios, de emociones liberadas, luego de todo eso y lo mucho más que hacemos los hombres por estos días, al fin del tiempo y las cosas humanas, que haya un instante de tiempo trascendente.

Sin menoscabo de la alegría que bien merecemos, sin reproche sobre las formas y alcance de cada festejo, es menester que hurguemos detrás de los primeros cielos.

Desconocemos por completo toda respuesta a las preguntas esenciales, nos ha sido negado el acceso a lo trascendente y bien hizo el hombre al llenarlo de cosas buenas y excelsas de la vida.

Y si bueno es aquello que bien hace al hombre, la bondad no es algo contingente o caprichoso sino algo que lo acompaña desde que despertara al mundo de sí mismo.

Es cierto que muchas veces no sabemos, por omisión u olvido, el porqué de las cosas, y creemos que con esa ignorancia, nos relevamos de la tarea de cumplir.

Ello sería, si hubiera algo ajeno o propio que nos impulsara hacia atrás, de modo de poder volver a la ignorancia absoluta que importa el no pecar.

Pero en los milenios de estar el hombre en la tierra, si de inocencia se trata, ésta no fue alcanzada ni merecida retrocediendo a toda hora, sino por el contrario, avanzando sin descanso en la tarea de descubrir las mayores verdades y las razones mejores que hacen a su presencia sobre la misma.

Levantemos entonces las miradas, pongamos alas a los sueños, traigamos paz al rebaño de pertenencia para que esa paz también alcance al rebaño vecino, dejemos lo propio en un cajón, sobre el escritorio, y hagamos lo ajeno nuestro.

Vivamos entonces, la vida del viajero, del pobre, del enfermo, del cansado, del silente, del ausente, del ciego, del hambriento, del necesitado de amor, del que no se encuentra a sí mismo, vivamos cada vida y fortuna ajena, y comprendamos sus historias y destinos, no con obligación alguna, sino con la esperanza de que eso vivido, nos transforme y nos renueve, nos haga hombres, nos haga vínculo, sociedad, pueblo, mundo, cielo.

Quizás los dioses no son sólo dioses y los hombres, sólo hombres, quizás, somos ambas cosas a la vez, y Jesús, trajo esa nueva.

Quizás, es hora de intentar descubrir, si eso es cierto, si somos pesebre y parimos al Jesús que llama a los corazones como llamó al corazón de sus discípulos.

Quizás, esta Navidad sea bendita y el milagro opere en nosotros.

Por que así sea, para todos los tiempos, para todos los hombres, para todas las voluntades, para todos los signos y creencias.

Feliz Navidad.

Edgardo Martínez.